

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 25 de Junio de 1921.

26.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 centimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

MIGUEL MOYA

El Municipio madrileño ha acordado por unanimidad dar el nombre de este ilustre compañero á una de las calles transversales de la Gran Vía, y colocar una lápida en la casa número 4 de la calle de Serrano donde vivió.

De haber pertenecido yo á la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa, de la que él fué alma y vida, hubiera propuesto recabar del Municipio la honra de costear la lápida con el producto de una suscripción abierta entre los periodistas de toda España.

JOSÉ NAKENS

El Doctor Simarro

Ha muerto el doctor Simarro. Tienen motivo de duelo la ciencia y la política honrada y la entereza. Qué-dese para los capaces de apreciar en todo su valor los méritos científicos de don Luis Simarro, el elogio al psiquiatra ilustre; pero lloremos todos los españoles al hombre recio de temperamento que ha desaparecido.

Mientras tantos se arrimaban á la política en busca de notoriedad, Simarro puso al servicio de las ideas democráticas un nombre forjado por el estudio y el talento; y mientras lo general es abandonarse pronto á todos los apetitos, Simarro siguió siempre en ese otro terreno político tan poco frecuentado porque no se espigan en él actas, subsecretarías ni ministerios.

Su muerte ha sido coronación digna de su vida. No ha venido un desfalle-

cimiento moral á dar pretexto á los de la acera de enfrente para echar las campanas á vuelo. Simarro vivió como hombre laico y está enterrado en el Cementerio Civil.

Con el dolor por su pérdida, deja á los españoles un alto ejemplo que imitar.

Pregunta renovada

Me he engañado una vez más.

Pensé que las declaraciones de Lerroux iban á levantar protestas sin cuento en todos los organismos republicanos, los de juventudes especialmente, y nada. ¡Silencio en filas!

Si no resultara ridículo dar gritos con la voz cascada, yo desafinaría en este concierto de mudos, aun sabiendo que predicaba en desierto como tantas veces me ocurrió. Pero ni eso le queda ya al republicanismo; un hombre que grite y silbe gratis, es decir, que lo haga sin buscar renombre, cargo, influencia ó jefatura cotizabile, y simplemente por amor al arte.

Esto me preocupa más que las declaraciones de Lerroux. Hubieran provocado indignaciones rápidas y fuertes en el momento de ser conocidas, y me hubiera dicho: «¡aun hay esperanzas de que resucitemos á la vida de la dignidad!» Mas como no ha ocurrido, me hago nuevamente esta pregunta que me hice en el número del 23 de Enero de 1913:

¿ME RETIRO O NO?

«Mis tiempos han pasado. Los hombres de la nueva generación republicana que se elevaron ofreciéndole al Pueblo la revolución, ven las cosas de modo tan distinto de como yo las veo, que será cosa de ir pensando en si debo cuanto antes pedir mi jubilación de político activo, por fracasado, anticuado y visionario.

Ya lo hubiera hecho, á no ser porque á lo mejor me encuentro conque á la masa, al Pueblo, á los que no calculan pero sienten, les gusta lo que pienso y lo que digo; y hasta la manera de decirlo. Si no, hace años que hubiera presentado mi dimisión de político, quedándome con mi modesta posición de anticlerical irreducible; mejor dicho, de anticatólico; y mejor aún, de antirreligioso; porque esto de disentir constantemente de la opinión de mis correligionarios, me hace sospechar si será yo el único que no tiene razón.

Al pensar en lo que ocurría allá por los comienzos de EL MOTÍN en cuanto se sospechaba que algún republicano iba á pa-

searse á la Monarquía ó la miraba con buenos ojos siquiera, y compararlo con lo que ocurre ahora, antójase me que estoy en otro país y en otro siglo, y quedome como la gallina que incubó huevos de pato, y al acercarse á un estanque á los pocos días de salir del cascarón los polluelos, vió estupefacta que se arrojaban al agua.

Porque hay que confesarlo: son más los republicanos que aplauden ó disculpan á Azcárate por haber ido á Palacio, que los que lo censuran tibiamente: condenarlo con indignación y energía, ninguno.

Y siendo así, ¿no les parece á mis lectores que debo hacer lo que al principio indico, esto es, ir pensando en si debo retirarme por el foro para que los jefes continúen arrogantemente su marcha triunfal, sin escuchar el constante y molesto silbido que casi siempre lanzo desde el asiento de paraiso del teatro donde asisto á la representación de la comedia que se viene representando?

Lo pensaré despacio, y veremos lo que resuelvo.»

¿Por qué no me decidí á retirarme entonces de lo que impropriadamente se llamaba política republicana? Porque creía aún que el republicanismo pudiera rehacerse, si lográbamos atajar aquel vergonzoso intento de aproximación á la Monarquía iniciado por Azcárate y Alvarez en nombre del patriotismo.

Hoy que el patriotismo explotable va contagiando á muchos republicanos, y que me siento cada día más desilusionado, más cansado ó más agotado, creo que lo mejor que puedo hacer para no aburrir á mis lectores hablándoles semanalmente de la cobardía moral de unos correligionarios y la previsora sensatez de otros, es abstenerme de dar mi opinión sobre las vergüenzas en puerta.

Y tomo esta decisión, en la completa seguridad de que nadie me ofenderá suponiendo que he perdido ni un átomo de fe en el único culto político de mi vida: la República. No; yo sigo creyendo que su implantación salvaría á España. Pero con los hombres que puedan surgir, no con los que han convertido en oficio ó industria ese ideal de justicia.

Y de que nadie me ofenderá del modo que he dicho, hallo una prueba en este párrafo en que Alvaro de Albornoz cita mi nombre en la página 145 de su último libro, *El temperamento español*:

«El partido republicano era, en 1873, un partido anticlerical; Salmerón y Pi profesaban el racionalismo; Castelar, era, como Azcárate, un cristiano «sin

dogma y sin milagros»; la lucha anticlerical fué lo más violento de la acción republicana. Hoy, apenas hay, no ya quien sienta, sino quien comprenda la obra de Nakens, el gran combatiente, que pasará á la Historia—también como el último republicano?—como el último anticlerical.»

No diré yo que sea el último en lo uno ni en lo otro: los que aún leen El Motin merecen también que se les aplique ese adjetivo. Lo que si aseguro es que moriré siendo republicano y anticlerical, sin arrepentirme de cuanto he trabajado por el triunfo de esas dos ideas.

Republicanos (!) del Rey

Mientras vivieron los verdaderos tribunos de la democracia republicana, Pi, Salmerón, Costa, etc., y mientras el Reformismo no inició su evolución hacia la Monarquía, hizo Lerroux una tenaz y larguísima campaña anarquizante dentro del campo republicano. No había, en verdad, medio mejor de reducir al republicanismo á la impotencia y de servir mejor á la Monarquía, que inocularle el virus de lo que después se ha llamado bolchevismo.

Fácil sería recordar y reproducir artículos y discursos en los que Lerroux anarquizaba clara y desembozadamente, defendiendo y propagando teorías y doctrinas, que si merecen respeto, nada tienen de republicanas democráticas.

La semilla sembrada por Lerroux en el campo del republicanismo español germinó y fructificó como todas las malas semillas. Se vió ello bien claramente al triunfar en Rusia el bolchevismo, pues Lerroux tuvo muchos discípulos entre los mal llamados intelectuales que militaban en el campo republicano, y que desde la Prensa terminaron la infame labor de anarquizar al republicanismo democrático, dándole la puñalada de gracia.

No es necesario citar nombres; conocidos son de todos. Y público es también que el contagio llegó al propio campo del Reformismo.

Hecha la mezcolanza de ideas y de principios que esencialmente son antitéticos, y terminada la obra de anarquizar al republicanismo democrático, conduciéndole al descrédito y la impotencia, ahora reclama Lerroux, en unas declaraciones que ha hecho á un corresponsal de *La República*, de Buenos Aires, que los republicanos deben renunciar á la República, porque un cambio de régimen en las actuales circunstancias nos conduciría al caos, y lejos de instaurar la República un derecho nuevo introduciría la anarquía.

El papel que el anarquizador del republicanismo democrático asigna á los partidarios de la República no puede ser más triste. Triste y envilecedor. Quiere y aconseja que ayudemos á don Melquíades Alvarez, un hombre de buena fe, pero evidentemente equivocado. A don Melquíades Alvarez y... á Alba, el hombre de la crisis del papelito, el que traicionó á Costa y quiso meterlo en la cárcel. Al hombre cuyos Casinos viven de los «Recreos» (con mayúscula). Al político más desprestigiado de todos los dinásticos.

Afirmar como afirma Lerroux que Alba es un «factor moral» «todavía no gastado», ¿no constituye el mayor escarnio á la verdad?

Sin la obra anarquizante de Lerroux y de sus discípulos, el republicanismo español constituiría á la hora actual la suprema esperanza de España, su última solución y un gravísimo peligro para la Monarquía.

Pero Lerroux y sus discípulos han dirigido los más rudos ataques contra el derecho de propiedad, respetado y garantizado en todas las democracias del mundo...

Lerroux y sus discípulos, por halagar á las masas, han querido convertir en un partido de clase al partido republicano, inculcándole, como hemos dicho, el virus bolchevique. Ellos, pues, son las responsables del actual estado de cosas.

En cuanto á los republicanos, á los verdaderos republicanos, ¿cómo han de aceptar el papel que les adjudica Lerroux? ¿Cómo han de prestarse á servir de trampolín á un Alba?

El republicanismo democrático renacerá en España, pese á los servidores de la Monarquía. Y renacerá más fuerte y más pujante que nunca.

Si España ha de salvarse no tiene más solución que la República democrática.

El Mercantil Valenciano.

La vida tal cual es

EL DELITO DE PENSAR

—Date prisa, hija mía, que llegaremos tarde.

—Si no pudo, mamá; me hace mucho daño esta bota.

—Pobrecita, es claro, si vas pisando con la carne... Ven, te cogeré en brazos; pero pesas tanto...

—No, no; ya pisaré de puntillas que te cansas mucho... ¿Por qué lloras? ¿Han despedido á papá?

—No, hija, no, si no lloro.

—Pues papá se ha quedado en la cama, y no le has hecho el almuerzo.

—Es que estaba malo... Date prisa, hija, que vamos á llegar tarde...

—Dígale usted á don Braulio que está aquí la esposa de Miguel.

—¿D: qué Miguel?

—Del reparador de máquinas, del *petrolero*, como le llaman aquí en la fábrica.

—Menuda cuestión tuvo ayer con el amo, por poco se pegan... Me parece que no la recibirá.

—Dígale usted, por el amor de Dios... Necesito verle: han hecho con él una injusticia...

—Por mí... En fin, se le diré... Está que hecha lumbre esta mañana, porque los obreros andan un poco movidos por lo de su marido.

—Porque son buenos compañeros.

—Sí, pues que jueguen, porque el día menos pensado don Braulio los manda á todos á la calle.

—La recibo á usted porque las mujeres no tienen la culpa de lo que hacen sus maridos... Diga y dese prisa que no quiero perder el tranvía que pasa á la una.

—Pronto acabo: que vuelva usted á admitir á mi marido. No es justo lo que con él se ha hecho.

—Es justo y muy justo: me estaba levantando de cascos á todos los obreros. Tiene unas ideas intolerables, infames, dignas del preámbulo de la horca. Es un enemigo del que le dá el pan.

—No le dan nada: se lo gana con su trabajo.

—Pero habla y piensa como no debía.

—Pero cumple muy bien con su obligación.

—Pues que se guarde sus ideas: con sus majaderías concita los odios de los obreros contra mí.

—Nada conseguiría hablando si por parte de usted no hay motivo alguno de queja.

—Eso no lo miran los operarios. No quiero esas ideas en mi casa.

—No son ningún crimen. Las ideas no van comprendidas en el j. real... Admítale usted: mi hija y yo no tenemos más amparo que su trabajo. Hágalo usted por humanidad.

—Imposible.

—Pero qué tiene usted que censurarle?

—Su modo de pensar... El se lo ha buscado.

—No tiene usted corazón... ¡Y luego se queja! ustedes de lo que pasa!

—Marínese, cierre usted el despacho... No puedo escucharla más.

—¡Canallas! ¡Miserables! Si las ideas las sembráis vosotros con vuestro proceder inicuo.

FRAY GERUNDIO

Subió al púlpito un obispo á fin de excitar la generosidad de los fieles en favor de una doncella que no podía profesar por falta de dote, y se expresó de este modo:

—Hermanos y hermanas mías: recomiendo fervorosamente á vuestra caridad una pobre doncella que las hermanas no consideran bastante *rica* para hacer voto de *pobreza*.

El despacho parroquial

—A ver, Rodríguez—dice el teniente á un ex monaguillo, ascendido después á escribiente de la oficina, sin perjuicio de suplir á cualquier enterrador que se inutilice.—¿Que has puesto aquí en esta partida de bautismo? Natural de...

—Natural de Salamanca.

—Ese habrás querido poner; pero que amplemente al párroco si aquí no se lee natural de Lagartija, ó de demonio, porque estos garrapatos no dicen nada. ¿Tienes una letrita, amigo Rodríguez?

—Que don Cleto me ha tropezado.

—¿Qué dice usted—exclama otro cura mope que, caladas las gafas y con las narices pegadas sobre el papel, está leyendo un documento.

—Nada, don Cleto—contesta el teniente;—que éste sirva mejor para manejar las angarillas que la pluma, y se disculpa con usted de sus garabatos... Y diga usted, ¿ha leído *El Siglo* de anoche?

—No he tenido tiempo.

—¡Ah!, pues viene bueno; pero bueno de verdad.—Mas, hombre, descanse usted un poco, que no todo ha de ser trabajar... Vaya un cigarrillo. Pues ¡pase un artículo de fondol... Dame usted una cerilla, don Cleto. ¿Dónde estará mi caja? Hace poco la tenía encima de la mesa.

—Tampoco tengo—dice don Cleto, registrándose los bolsillos.—Usted, Rodríguez, que acostumbra á guardarse las cerillas, ¿de todos... Rodríguez mete mano al bolsillo y saca tres cajas, la suya y la de sus dos compañeros.

—¡Qué costumbre de arramblar con todo! Si un día se pierde el cirio del Santísimo, no hay más que buscarle en el bolsillo de usted.

—Como buen ex monaguillo—añade don Cleto,—le ha quedado la afición á la cera.

—Da alguien habrá aprendido—responde Rodrigo—z malhumorado.

—No lo dirás por mí, pues bien sabes que, cuando era sacristán, no os daba sino buenos ejemplos.

—Y algunos pescozones de cuando en cuando.

—¿Quién bien te quiera... Pero, silencio, que ha sonado el pimiento. ¡Adelante!

—Buenos días—dice entrando una moza de rompe y rasga.—¿Está el teniente?

—Servidor... ¿qué es o ocurre?

—Pues vengo á eso de las matriculas, porque al fia he encarrilao á mi hombre pa que nos casemos. Y como una, aunque tenga esta vida tan arrastrá, porque vivo ahí con unas amigas en el callejón del Repollo, número 5, toda la casa... y la verdad, aunque una sea mala... estoy matriculá en el libro de la parroquia. E señor precisamente fué á apuntarnos—añade señalando á don Cleto,—lo cual que nos refinos mucho con él, porque, como anda mal de vista, en vez de tomar la puerta al salir, se entró en una alcoba ocupada con muebles, y figurése usted al pobre señor...

—Bueno; menos conversación—interrumpe don Cleto, indignado por el recuerdo.—¿Qué es lo que quiere usted?

—Pues ¿no lo he dicho?

—Ha dicho usted lo que no nos importa saber, pero no lo que quiere.

—¡Jesús! ¿No lo toma usted poco en serio! He dicho que vengo á arreglar mis matriculas de siete años que vivo en la parroquia, porque mi hombre no me va venir. Está en el Abasco por dos morras que dió á uno; pero el domingo sale y daremos toos los pasos y nos casaremos, porque ya le he dao cinco onzas pa poner una muñolera.

—Bien, bien—exclama el teniente—hay que registrar los libros. Venga usted dentro de dos ó tres días, y estará arreglado el asunto.

—Bueno; pues hasta pasado mañana. Y ya saben dónde tienen una servidora.

—¡Lo que es por mi parte!—murmura don Cleto en tanto que el teniente la sigue con la vista y dice:—Pues ¡no es fía esa desgraciada!

—Pero ¡qué parlanchina!—añade don Cleto.

—Conque vamos á ver, ¿qué me llevan ustedes por la cartida de mi hijo?—pregunta un paleta.—M: hace falta, porque ahora le han metido en quinitas y no le toca feavía. Y como está bautizado aquí, porque nació en la posá una vez que la parienta y yo vinimos á encargos... Si, señores, se le ocarrié hacerlo aquí, adelantándose dos meses antes de lo regular, y sin tener en cuenta que estábamos forasteros, y que...

—Bueno; pues le onesta á usted—dijo el teniente,—cinco pesetas de derechos y tres reales de un pliego de papel sellado.

—¡Demonio! ¿qué caro! En mi pueblo onestan esas cosas más baratas.

—Es que un sacerdote en las ciudades tiene más necesidades que en un pueblo.

—Pues no crea usted que el del mio, bien cargao de familia está el pobre. Tiene dos amas, tres chicos y dos chicas.

—¿Se extiende ó no la partida?

—Bueno, háganla ustedes. Papel aquí traigo, que me ha sobrao de un asunto del Menisierio, donde me han hecho comprar seis... ¡Jesús! Parece que no viene uno á Madrid mas que pa que le estafan los onartos entre unos y otros!

—Venía á que me hicieran ustedes el favor de sellarme este memorial—dice una joven bastante agradecida á quien mandan sentar muy atentos.—Es para optar á los donativos que la testamentaria de la marquesa de N. destina á viudas pobres, católicas y de buena conducta; y como esto último hace falta que lo acreditemos con el sello del párroco, vengo á que me hagan ustedes el favor de echármelo.

—Si, señora, con mucho gusto—responde el teniente—; no uno, sino los que usted desee le echaré, porque cuando se trata de hacer un bien de caridad...

—Muchas gracias; es usted muy amable. Pero bien puede usted garantírmelo, que no soy de esas viudas de historia como hay muchas. A mí, á cualquier hora que vaya usted por mi casa, que es ahí, calle de... número 2, sobabanco, me encontrará usted sola.

—¡Ay, Dios mío!—murmura el teniente suspirando y echándole una mirada carameloza.—¿A que... ¡j Jesús, lo que se me ocurre!

—Y luego, háganlo como que busca el sello en un cajón, añado:—Lo peor es que tengo el sello en casa, desde que me lo llevé para despachar unos documentos. Apuntaré las señas de usted y le mandaré el memorial arreglado con una dependencia, ó se lo llevará yo mismo, pues ahora recuerdo que en el tesoro de la misma casa coné me á una señora.

—La conozco: una viuda como yo.

—Efectivamente. Pues desdénese usted: irá esta misma tarde.

Y debió cumplir su palabra; porque, según he sabido después, la viuda saltó agradecida con un donativo algo más que mediano.

IMPOSIBLE!

¿Algún nuevo pecado?

—Sí, padre mío.

—Veamos lo que hiciste, mala cabeza.

—No me atrevo.—¿Se trata de un amorío?

—Sí.—Me lo figuraba.

Vamos, empieza.

—Pues escuche usted, padre.

Yo adoro á Rosa,

y el amor que la tengo

es muy profundo,

pues Rosa es sin disputa

la más hermosa

de todas las mujeres

que hav en el mundo.

—¡Atíza!—No exagero.

Si usted la viera

notaría en su rostro

más de un encanto.

Tiene Rosa una cara

tan hechicera,

que no es extraño, padre,

que me la amo.

—Bueno. Mira, hijo mío,

sigue tu historia

omitiedo detalles,

si te parece.

—¡Si es que no se me aparta

de la memoria

su seductora imagen

que me enloquece!

—Olvida eso un momento,

si es que te place,

y llanamente dime

lo que ha pasado.

—Pues nada, que... ¡parece

que el diablo lo hace!

Resistir no supimos

y ¡hemos pecado!

—¡Míalo y ella te quiere?

—Más que á su vida.

—Pues que ya no hay remedio,

lo procedente

es que pidas su mano,

pero en seguida,

y te portes con ella

cristianamente.

Eso hice el que se precia

de ser honrado.

—Pero es el caso, padre,

que... —¡Nada, nada!

No pongas ese gesto de contrariado, y á cumplir con la chica.

—¡Si es que es casada!

CESAR PUEYO

Fué una devota á confesarse, y, después de dar la debida cuenta de sus pecados, preguntó el confesor:

—Hija mía, ¿tiene usted dolor de corazón?

—No, padre—contestó la penitente.

—Pues es preciso—respondió el padre—que vaya usted al altar de la Virgen y con fervor le pida la dé dolor de corazón. Si no, no la absuelvo.

La buena mujer acudió con sus oraciones á María Santísima y volvió al confesionario.

—¿Tiene usted dolor de corazón?

—No, padre; por más que lo he pedido...

—Entonces no la absuelvo.

—¡Ay, padre, no tengo dolor de corazón, pero si le es á usted igual dolor de vientre!...

EL OTRO BARRIO

La verdad es que sin saber cómo me encontré enfermo, muy enfermo. La fiebre se apoderaba de mí, y pocos momentos después me vi obligado á guardar cama.

Mis ojos empezaron á debilitarse y apenas podía distinguir los objetos. Frio sudor inundaba mi cuerpo y en mis oídos sentía especial campanilleo.

No cabía duda que la muerte se acercaba á pasos agigantados. Ya me parecía ver á la cabecera de mi lecho ese espectro terrible, la Parca, armada de monumental guadaña.

Tantas impresiones me producían miedo, mucho miedo, muchísimo miedo, y mi cuerpo comenzaba á temblar de agitada manera.

Agarré el cordón y tiré con fuerza.

Un criado se presentó correctamente vestido de negro. Le mandé llamar al médico.

El médico vino, me pulsó y colocó un termómetro en mi brazo y sobre el corazón. Después me hizo sacar la lengua. Luego... luego me dijo sin reparos:

—Amigo mío, está va mal. Dentro de breves momentos su organismo físico dejará de funcionar.

—Y ¿qué hago?—le pregunté.

—Si quiere usted salvar el alma, confíese.

—¡Ah! Es verdad—exclamé.

Inmediatamente un criado se dirigió á la Iglesia parroquial.

No habían transcurrido cinco minutos, y ya el cura, acompañado del acólito, entraba en mi casa.

—¡Ave María Purísima—dijo.

—Sin pecado concebida—respondí.

Ambos hicimos la señal de la cruz, y acto seguido el sacerdote, entonó la fórmula:

—Alabado sea el santísimo sacramento del altar.

A lo cual contesté como buen católico:

—Para siempre sea bendito y alabado.

Y cumplidos estos preliminares, recé la confesión, haciendo en seguida la de mis pecados.

El presbítero me oía como quien oye llover, pero al terminar me hizo las siguientes recomendaciones.

1.^a Para salvar el alma por los pecados graves, legará usted diez mil pesetas á la parroquia de San José á que pertenece.

2.^a Para librarla de las penas correspondientes á los veniales, donará cinco mil al próximo convento de Nuestra Señora del Carmen.

Y 3.^a Para lograr el perdón de amigos y enemigos, repartirá las quince mil restantes entre las sociedades de San Vicente de Paul, Hijos de María, del Sagrado Corazón de Jesús y Arrepentidos.

De tal manera distribuyó mis ahorros, fruto de diez años de trabajo.

Para mi familia, nada.

Para los pobres, nada.

Para la instrucción pública, nada.

Para la patria, nada.

Yo comprendía esto, pero el Infierno y el Purgatorio me daban miedo. Además, no tenía tiempo que perder.

Firmé todo y recibí los santos óleos con tanto gusto como un trozo de cachete.

De pronto... me morí.

Dejé mi cuerpo envuelto en las finas sábanas de mi cama, y mi espíritu se coló por la rendija de la ventana.

Como subía poco á poco, quise arrancar lastre, pero como no tenía materia, me faltaban los muros.

Por fin llegué á las puertas del cielo.

— ¡Abid! — grité.

Nadie me respondió.

— ¡¡¡Abmrid!!!

¡Horror! En mi rostro sentí dolor tremendo.

Aquello no debía ser obra de San Pedro.

Efectivamente, abrí los ojos y me encontré al lado de mi hermana, que decía:

— Teme, para que calles. ¡Acaso estás encerrado, escándalo!

Le di un beso para calmarla, ella me dió otro y exclamé:

— Este sí que es el otro barrio.

ADOLFO VAZQUEZ GOMEZ

Hablábase de un capuchino que había sido devorado por los lobos, y dijo una señorita:

— ¡Pobres animales! ¡Verse obligados á comer fraile!... El hambre debe ser cosa terrible.

Indiscreción castigada

Un carónigo visja en un tren del ferrocarril del Norte en un confortable compartimiento de 1.^a clase para señoras solas, en el que le permiten ir por su indumentaria y su respetabilidad. En el mismo compartimiento va una bien parecida, aunque entredada en años, que oscilará entre los 35 á los 55, aunque ella misma no lo recuerda bien.

El carónigo es algo curioso y un poco ingenuo, y pronto siente inclinación de dialogar con la vecina.

— Señora, usted debe ser casada, y seguramente tendrá hijos.

— Es verdad, reverendo padre; tengo uno.

— ¿Uno? Que Dios se le proteja. Y dígame, señora; ¿fuma su hijo?

— Hasta hoy no sabe lo que es ni un cigarro ni una pipa.

— Muy bien. El tabaco hace daño. ¿Y va mucho al café?

— Nunca ha puesto los pies en ninguno.

— Permitame, señora, que la felicite.

Frecuentar los cafés es pernicioso para la salud y para la moral. ¿Y dígame usted, trasnochaba mucho? ¿No será de los que vuelven á su casa en la madrugada después de excesos indisculpables?

— No, señor. Se acuesta muy temprano.

— ¿Y cumple bien sus deberes religiosos? ¿Frecuenta la casa de Dios?

— ¿Cómo no? Cuantas veces voy al templo, él viene conmigo.

— ¿Y cómo se conduce en la santa casa?

— Como un santo; jamás ha dado nada que decir.

— Pues, señora, el suyo es un modelo de hijos, de esos que empiezan á ser ejemplos raros en estos tiempos de descreimiento y de materialismo. ¿Y qué edad tiene ese joven tan bien educado, señora?

— Mañana cumple cinco meses.

— ¡.....!

Retirábase á su casa un predicador y se quejaba á una beata diciendo que el auditorio le había parecido compuesto de asnos.

— Ciertamente — respondió ésta; — lo mismo me pareció á mí cuando oí á usted tratarlos tan cariñosamente llamándoles «amados hermanos míos.»

Quisicosas clericales

SAN MIGUEL Y EL DIABLO

I

Despertando en sus vecinas la más piadosa ternura, así les decía el cura de San Miguel de Salinas:

II

— La que á Dios quiera ser fiel, que ponga con gran cuidado sus donativos al lado del busto de San Miguel.

Pues cuando el diablo el dinero mira á su lado caer, se llega el mismo á creer tan santo como el primero.

Jamás olvidéis que Dios os concede un solo amante, y que el diablo os da inconstante, ¡más de un novio... y más de dos!

III

¡Más de dos!... El día aquel tan sólo al diablo se honró, pues ni un céntimo cayó del lado de San Miguel.

Y es que sin duda hay vecinas que en cuestiones de ternura, creen más al diablo que al cura de San Miguel de Salinas.

RAMON DE CAMPOAMOR

Escena que he sorprendido yo mismo en un hospital.

Dice la hermana á un herido:

— ¡Si no reza no hay cocido!

— ¡No sé! — ¡Valiente animal!

Y otro, que se deshacía en darse golpes de pecho,

hasta gallina comía...

¡La Iglesia y la Cirugía

se avienen mal bajo un techo!

Estaba mal alumbrada de un lugarejo la iglesia, y en el sermón de San Roque (que del pueblo patrón era) el cura, recién llegado, decía entre otras lindezas: — Ya veo que en este pueblo tienen religión sin — cera.

— Oígame usted, fray Simón: con una salve y un credo al Cristo de Buen Perdón, creo que conseguir puedo que Dios me dé sucesión.

Y el fraile que siempre fue en tales consultas diestro,

contestóle á Salomé:

— Le probaré más á usted que una salve, un Padre... nuestro.

—

Aquel que quiera engordar

y buenos pollos comer,

¡ah! ¡os vinds beber

y ni por Dios trabajar,

aquel que quiera gozar

de felicidad completa,

el que su panza repleta

quiera tener á porfía

siendo su vida una orgía,

que á fraile ó cura se meta.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Ginés Soler, Linares, 14 50 pesetas. Tomás Carmona, Montellano, 1. Angel Galé, Madrid, 15.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Miguelañes. — Nicomedes Bartolomé. Abrenada su suscripción á fin Julio 1923.

Málaga. — Legia la Virtud; Enrique Carácter; José Ponce de León; Andrés Ruiz. Idem todos á fin Diciembre 1921.

Montellano. — Tomás Carmona. Id. á fin Junio 1922.

Los Santos. — Félix Luna. Id. á fin Octubre 1921.

Valdemoro. — S. Millas. Id. á fin Diciembre 1921.

Linares. — Ginés Soler. Recibido su Giro de 25 pesetas. Gracias.

Mieres. — Juan González. Id. de 11,70. Conforme.

Valencia de Alcántara. — P. Carballo. Idem de 5. Gracias.

Gallarta. — Vinda de Vicario. Id. de 24. Con forme.

Vegadeo. — Pedro Martínez. Id. de 2,90. Conforme.

Telde. — Francisco Batista. Id. de 20,30. Conforme.

Zafra. — José Gordillo. Id. de 8 á cuenta.

Puerto de Santa María. — José Muñoz. Idem de 10 á cuenta.

Borja. — Zacarías Puyuelo. Id. de 2. Conforme.

Málaga. — José Ponce de León. Id. de 24. Con forme.

Trozos de mi vida

De todo un poco

por

JOSE NAKENS. — DOS pesetas.

Imp. Juan Pérez. — Pasaje de Valdecilla, 2. — Madrid.